

en un Estado tan democrático como fuerte (...) consciente, en definitiva, de sus raíces históricas plurales e ilusionada en un proyecto común, sin reducciones sectarias», no puede aspirar a convencer de que el relato histórico derivado de esta opinión esté libre de mitos. Tal vez él no esté dispuesto a admitir los que atraviesan su interpretación de la Guerra de Independencia, pero ello no le libraría de recibir en el futuro el mismo trato que él propina a los que le han precedido y a los que no comparten su visión del conocimiento histórico y sus interpretaciones.

Pablo Sánchez León

GRACIA, JORDI ed.: *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*, colección España escrita, Planeta, Barcelona, 2007, 588 págs. ISBN: 9-788408-071877.

Hay documentos que pasan rápidamente a los anaqueles de nuestra librería, que necesitamos conocer, estudiar y anotar para comprender no sólo las trayectorias individuales —como en este caso que nos ocupa— sino las colectivas. Este libro viene a mostrarnos precisamente que lo individual se convierte en mera anécdota cuando median intereses que sólo se pueden contemplar desde el plural, esto es desde el «nosotros». Y, por cierto, el primer poemario de Dionisio Ridruejo, publicado en 1935, llevaba por significativo título *Plural*. A mediados de agosto de ese mismo año, José Antonio Primo de Rivera le remite una cálida carta agradeciéndole el envío:

[...] Llegó a punto, en vísperas de varios viajes, para que, de un lado, no te pudiera dar las gracias enseguida y, de otro lado, te las tuviera que dar más profundas, porque tu libro me ha acompañado en los viajes y me los ha hecho claros y ligeros.

De los versos no te diré más que lo que te dije cuando te oí recitar algunos. Ya te diste cuenta de que en el elogio no puse sólo cortesía [...] (pp. 16-17).

En *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1939-1975* vamos a encontrar este tipo de material, vivencial y verídico a la vez, testimonio de una existencia intensa, como pocos pudieron y supieron vivir en las diferentes circunstancias históricas que la rodearon. Dionisio Ridruejo es, sin duda, una de esas pocas figuras controvertidas del fascismo español que supo desligarse de aquellos vínculos, de manera coherente y paulatina, para convertirse en una de las claves de la resistencia antifranquista. Si en este libro hay numerosos fetiches para los amantes de la época más activa de los totalitarismos en España, de su tejido cultural e intelectual, de sus implicaciones y aspiraciones sociales —y ahí queda esa perlita, que es la carta de José Antonio—, no son pocas las epístolas que los combinarán con la ironía, la descripción, la amistad, la crítica, etc., e incluso algunas más sentimentales, si bien el

editor literario ha justificado, en la introducción a todo este material hasta ahora inédito, la no inclusión de un nutrido paquete de cartas estrictamente familiares o sentimentales, con buen criterio, pues no aportarían casi nada a un volumen ya cercano a las seiscientas páginas.

Plural podría ser también la consigna de un fascismo a la española —el falangismo— que poseyó en sus fundamentos un hipotético recto código, en sentido ético, y un horizonte social conocido como nacional-sindicalismo, de espíritu revolucionario, que nunca cuajó en España ya que las fuerzas más conservadoras, católicas y tradicionalistas se fundieron en el Movimiento tras la guerra, con la consiguiente neutralización de la Falange Española. Ahí había un proyecto o conato de revolución social, de construcción de un nuevo Estado, totalitario, que poco tenía que ver con la pasividad política de una monarquía orgánica, que potenciaba la aristocracia y el caciquismo, que firmó el Concordato y que dejó las estructuras educativas en manos del Opus Dei, el cual poseía un control omnisciente de todo lo que pasaba. Una realidad, la del franquismo, vendida a los americanos a costa del reconocimiento e ingreso en la ONU por un puñado de bases militares. Recordemos no obstante que el estado totalitario al que aspiraban los falangistas, que tanto admiró Ridruejo en los años treinta en el modelo italiano, también había sucumbido frente a la Iglesia Católica. Y es que, andando el tiempo, las fuerzas del eje encontraron un aliado en el camino que no se podía despreciar, y que les fue de gran utilidad.

Plural quiere decir, por el contrario, del yo al nosotros, abanderando la rehumanización que la poesía española estaba viviendo por aquella época altamente politizada, o socialmente comprometida, por supuesto desde la izquierda... pero también desde la derecha, antes y después de la guerra civil: una derecha que, dada la ignominia del Régimen, ya en los años cuarenta, en muchos casos pasó a la no implicación socio-política en las instituciones, más allá de los ámbitos académicos. Recordemos aquella denuncia de Gabriel Celaya en su célebre poema: «Maldigo a la poesía concebida como un lujo / cultural por los neutrales / que, lavándose las manos, se desentienden y evaden».

Por el contrario, en el caso que nos atañe, Ridruejo adoptó una postura rebelde, dimitió del alto cargo que disfrutaba, renunció a la comodidad y comenzó una larga trayectoria por el desierto de aquella España oscura: una trayectoria que sólo muchos años después le está siendo reconocida, y que a pesar de eso algunos todavía se empeñan en negar. Muchos de aquellos otros que gozan del prestigio y la benevolencia de la historia, sin embargo, no dieron demasiados pasos adelante, ni pronunciaron discursos en asambleas, ni se preocuparon por la situación de España, por su evolución política o la recuperación de la democracia, metiendo la cabeza como las avestruces bajo tierra, mientras afuera crecían las protestas, huelgas, encarcelamientos... O quizá no fueron nunca tan desafectos al Régimen como algunas biografías posteriores nos han querido hacer ver: por ejemplo, el conocido papel de Camilo José Cela como informante del poder, hasta bien entrados los años sesenta, de las camarillas y círculos

políticos conspiradores... Y hay más que la historia pondrá en su lugar, si algún día se reescribe. Este epistolario inédito de alguna forma sirve para que esa reescritura tan necesaria de la historia reciente de España, la del siglo XX, se lleve a cabo. Reescribir la historia reciente española también significará poner en su lugar a los ganadores, señalar las luchas intestinas de ese bando, hacernos creíble una razonable intrahistoria de lo que pasó, cómo se fueron abriendo fisuras desde los primeros momentos. Y ahí Ridruejo es el personaje más destacado por encima de todos, jugando un papel decisivo: así, durante los años 1942-1946 es desterrado, encarándose ante el propio Franco.

Los lectores de este volumen recopilatorio tienen en sus manos el testimonio auténtico de uno de los pocos poetas e intelectuales representativos del segundo tercio del siglo XX, del franquismo. Dionisio Ridruejo es un personaje fascinante, apasionante y apasionado que pudo haber llegado muy lejos dentro de la trama política, administrativa e institucional del franquismo, pero que optó por el riesgo y la inseguridad, siendo coherente con sus ideas y su evolución. ¿Romanticismo extremo, radical? ¿Fue Ridruejo un héroe? Muchos son los fragmentos realmente palpitantes de intriga, emoción, y lucha incansable en este epistolario, cartas en las que nuestro autor habla de tú a cualquier gerifalte de la burocracia franquista: como es bien sabido, en varias ocasiones se desplazó personalmente al Palacio de El Pardo para entrevistarse con el Generalísimo, suponemos que para aclarar algunos desacuerdos que irremediablemente nunca pudieron acordarse. Ridruejo, podría afirmarse sin ambages, atravesó la historia, no dejándose arrastrar por la corriente, por la fama, y por todo el éxito que le vino de cara desde el primer momento. El fragmento de una carta dirigida a Manuel Fraga Iribarne, de mediados de noviembre de 1964 —entonces Ministro de Información—, que además sirve de cita al volumen, no deja lugar a dudas de todo esto, una extensa carta que es al mismo tiempo una suerte de declaración de principios y alegato vital, también de denuncia de aquellos que, como Fraga, hablaban de reformas y de democracia aferrándose no obstante al poder, sin mover un dedo por cambiarlo. En este fragmento Dionisio Ridruejo se defiende de las acometidas del aparato franquista, que había pergeñado una campaña, en esos años, para airear su pasado fascista y desprestigiarlo frente a los demócratas de los que ya formaba parte y que a la sazón abanderaba:

[...] He preferido a la elegante y estética coherencia biográfica, la coherencia moral, que es más penosa y austera. Cierito que mi evolución podría haber concluido en una retirada al silencio más bien que en una publicidad beligerante. Lamento no haber podido hacerlo de aquel modo. Lamento no haber cambiado también en mi inclinación a anteponer las preocupaciones por mi patria a mis conveniencias personales. Ni en lo de ser sincero. Cuando era fascista o el Régimen me parecía un punto de partida, lo decía. Cuando, disuadido de mi error, he llegado a ver al Régimen como es: un estancamiento para España y he descubierto el Mediterráneo de la democracia, lo digo también. El arte de los que son, o creen, o dicen lo uno y lo otro a la vez, me admira, pero me es ajeno [...] (pp. 440-442).

Este tipo de escritos son enormemente gratificantes, pues nos descubren a la persona detrás del personaje, una auténtica autoridad moral de la época — más incluso que las propias autoridades políticas, impotentes ante un mito vivo — que no dudó en jugársela con tal de llevar a cabo su fe en la democracia. Personalidad literaria y humana de renombre de la Primera Generación de Posguerra, sirvió de guía para la Segunda Generación de Posguerra, formando parte de lo más salvable de aquellos decenios ominosos, siendo asimismo uno de los fundadores e instigadores de los Congresos de Poesía (1952-1954) en los que se otorgó al catalán y a las otras lenguas españolas, un estatus lingüístico y literario propios. Así lo confirma este testimonio de J. M. Caballero Bonald en su imprescindible primer volumen de memorias (1):

[...] A uno de los figurones que más traté durante aquellos vaivenes segovianos fue precisamente a Dionisio, orador puntiagudo y muy seductora persona, que andando el tiempo habría de erigirse en mi primer preceptor político y con quien viví muchas y muy variadas peripecias, desde las conspirativas a las carcelarias. Por supuesto que nada de eso se encauzó en Segovia durante aquella primavera de 1952, época en que Dionisio aún no se había distanciado de los viejos y duros fervores de su *Poesía en armas*, pero que tampoco andaba ya muy lejos de la creación del Partido Social de Acción Democrática, una incipiente coalición en la que empecé a compartir la lucha antifranquista con Fernando Baeza, José María Moreno Galván, Juan Benet, Vivanco, Pepín Vidal, Pablo Ortega y algunos otros adeptos a la asociación ilegal [...] (pp. 326-327).

No en vano Ridruejo — nos complace recordarlo — fue un falangista heterodoxo, y al entrar en la recién tomada Barcelona, el 26 de enero de 1939, ordenó que se repartieran pasquines y folletos — a favor del ejército golpista, claro — en castellano y catalán, lo cual dice mucho en aquella época de «unidad, grandeza y libertad» del idioma del imperio. Gloria Ros, que había sido su novia «oficial», y mujer posteriormente, tuvo bastante que ver en esto y en la traducción al alemán, ya en los turbulentos años setenta, de *El cuaderno gris* de Josep Pla.

Entre tantos documentos ineludibles, muchos son los fetiches de la primera época que nos gustaría reseñar. Nos quedamos con uno, la foto de septiembre de 1940, elegida para la contracubierta, donde se ve a Antonio Tovar, Ramón Serrano Suñer y al propio Ridruejo, en Berlín recibiendo condecoraciones, distinciones e insignias nazis: habría que señalar que fue en ese mismo mes cuando Serrano Suñer arregló el encuentro de Hitler y Franco en Hendaya, que se llevaría a cabo el 23 de octubre. Algunas de estas insignias, diplomas y reconocimientos también se pueden ver en las muy oportunas secciones de ilustraciones, con fotografías, documentos, etc., que se intercalan, alternándose de modo ameno con las cartas. Y muchos los detalles que en una apretada recensión se nos escapan.

---

(1) CABALLERO BONALD, JOSÉ MANUEL (1995): *Tiempo de guerras perdidas. La novela de la memoria, I*, Barcelona, Anagrama.

— (2001): *La costumbre de vivir. La novela de la memoria, II*, Madrid, Alfaguara.

No nos ha dado tiempo si quiera a hacer un mínimo repaso por la obra poética, memorialística o ensayística de Ridruejo. Pero estamos convencidos de que, tras la lectura de *El valor de la disidencia*, el lector no sólo se sentirá atraído por la obra de nuestro autor, sino también por las obras o biografías de los destinatarios de las cartas, y a bien seguro que le espoleará a seguir indagando en los trasuntos de aquella España tan lejana hoy, pero tan cercana en el tiempo.

Habría que destacar, para terminar, la labor del editor literario, Jordi Gracia, profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona y uno de los mejores especialistas en literatura de posguerra desde hace ya más de una década. Sus publicaciones son una referencia obligada en cualquier estudio sobre el siglo XX. Ahora, de su mano nos llega este libro que, por las notas y alusiones desperdigadas en la introducción, no ha debido ser fácil publicar ni sacar a la luz, por cuestiones obvias de autorizaciones, recelos y resentimientos varios. Las secciones articulan en torno a seis capítulos las etapas en las que se ha intentado esquematizar la vida de nuestro héroe, desde los comienzos exaltados de «En las fiestas fascistas, 1933-1942», del primer capítulo, pasando por la decepción de los primeros años cuarenta, «Sueños frustrados, 1942-1941» y la nostalgia de haber pertenecido a un mundo en el que ya no se cree, «Última oportunidad, 1951-1955», capítulos dos y tres respectivamente; hasta las etapas donde comienza la beligerancia y Ridruejo da un paso adelante en el compromiso más activo, de los capítulos cuatro y cinco, «En construcción, 1956-1962», y «Conspirador entre Madrid y París, 1962-1970». El último capítulo, titulado «Víspera del gozo, 1970-1975» nos deja a una figura que a causa de un prematuro infarto de miocardio, no pudo contemplar la muerte del dictador, falleciendo unos meses antes. Aparte de la «Introducción» propiamente dicha (pp. XI-XVII), que con magnífica prosa, a veces incluso hasta poética, nos acerca a un personaje que rebasa a su propia obra, reinsertándolo en la historia reciente de la literatura española, y de las respectivas introducciones a cada una de las etapas señaladas, que nos hacen un balance de la situación, cada capítulo posee en el apartado de «Notas» (pp. 545-564) unas ágiles e interesantes aclaraciones y explicaciones, la mayoría de las veces suculentas, de lo que se dice —o se oculta— en las epístolas, que agradecemos enormemente. Es en este tipo de apartados cuando leemos al gran conocedor de la materia que es el editor literario, y donde, más allá de los textos en sí, con sus tramas e intrigas, nos adentramos en el estudio de algo más que una trayectoria literaria o vital. En fin, completan el volumen dos apartados que no podemos dejar de citar, aparte del útil «Índice onomástico» del final; esto es una «Bibliografía» (pp. 565-572), que es algo más que un repertorio frío y pasivo, hallándose convenientemente actualizado y sirviendo de plataforma para aquellos que quieran adentrarse y profundizar en las fuentes utilizadas; y una dinámica «Cronología» (pp. 573-578) de Dionisio Ridruejo, que nos sintetiza aquellos momentos más destacados de una personalidad literaria imprescindible, prototípica del célebre *engagement* de la época.

Juan Carlos Abril